

Defensa de la OEA

HACE OCHO AÑOS, MAS O MENOS por estas mismas fechas, escribí lo que sigue: “La crisis de la OEA no es, en realidad, noticia nueva. Desde que se constituyó en 1890 bajo el insignificante nombre de Oficina Comercial para las Repúblicas Americanas —con media docena de funcionarios y 36 mil dólares de presupuesto anual— hasta hoy —con más de un millar de empleados y un presupuesto varias veces millonario— la Organización las ha sufrido con intensidad variable una y tra vez. Sin embargo la OEA no solo ha funcionado sino que lo ha hecho por mucho más tiempo y con mayor éxito que cualquiera otra institución de su tipo en el mundo, para sorpresa de quienes periódicamente se obstinan en extenderle el certificado de defunción.

“Naturalmente, ese verdadero milagro de estabilidad pesa como plomo en el mercurial, volátil e inmaduro mundo político latinoamericano. Casi desde el momento mismo en que se constituyó, los miembros de la Organización se han dedicado ansiosamente a la tarea de desacreditarla y aun de tratar de destruir un sistema, el Panamericano, que quizás es lo único que los separa de la fragmentación total y de la guerra. Más aún: vaticinar el fin de la OEA o promoverlo, se ha constituido en una de las ocupaciones favoritas de las Cancillerías latinoamericanas. Por años, gobiernos en apuros o en busca de un liderazgo internacional fácil han resuelto atribuirle a la Organización, pero sobre todo a la presencia en ella de los Estados Unidos, la responsabilidad de cuanto desastre diplomático los afecta. Aun ciertos descalabros domésticos encuentran en la Organización, y en el sistema, su oportuno chivo expiatorio. A veces pienso que nuestras naciones deberían preservar a la OEA así sea para tener a quién echarle la culpa de sus propios errores y hacerle pagar por sus infortunios”.

Como se ve por este texto, redactado cuando tomaba posesión de la Presidencia de la República el doctor Betancur, no hay gobierno recién instalado que no incorpore la idea de acabar con la OEA a su repertorio de

Como se ve por este texto, redactado cuando tomaba posesión de la Presidencia de la República el doctor Betancur, no hay gobierno recién instalado que no incorpore la idea de acabar con la OEA a su repertorio de temas sobre política exterior. Para decirlo en el lenguaje de las revistas de corazón, proponer la liquidación del sistema panamericano se ha vuelto "in". El estadista que toca el punto en algún discurso, es elevado de inmediato a la categoría de innovador continental. La decrepita izquierda latinoamericana, que como el Cid sigue ganando batallas después de muerta, celebra esos anuncios con alacridad. Cree que mortifican o incomodan a los Estados Unidos e incita a quien los formula a convertirlos en realidad. Como de costumbre, esa izquierda se equivoca. Para los Estados Unidos la OEA no es una herramienta. Es una incomodidad.

Realmente, la Organización que tanto desagrada a nuestros países, fue el producto de uno de los más resonantes triunfos que la diplomacia latinoamericana haya logrado a nivel mundial. Quien lo dude, que se tome el trabajo de leer el tomo noveno de las obras selectas de Alberto Lleras editadas por la Federación de Cafeteros y la Flota Mercante Grancolombiana. La casi totalidad de ese volumen de 565 páginas —publicado precisamente bajo el título de *Defensor de América Latina*— está dedicada a la explicación del sistema interamericano como expresión de un imposible convertido en realidad. Allí se registra la batalla que libraron los diplomáticos latinoamericanos en la Conferencia de las Naciones Unidas reunida en San Francisco en 1945 —brillantemente encabezados por el propio Lleras— para impedir que el principio odioso del veto se trasladara de la organización mundial al sistema regional.

Lo que se logró fue asombroso. Mientras en la ONU el mundo tenía que aceptar, a regañadientes, que las cinco grandes potencias vencedoras de la guerra tuvieran el privilegio de anular con un simple "no", y sin explicaciones, cualquier decisión propuesta y votada por el resto de los países integrantes de la Organización, en el ámbito continental se lograba la hazaña de colocar al país más poderoso del mundo en pie de igualdad con el resto de las naciones del hemisferio, sin tener en cuenta su tamaño o su nivel de prosperidad. Gracias a ese esfuerzo, en la OEA cualquier decisión tomada por la mayoría de votos prevista en la Carta de la Organización o en sus reglamentos, obliga a los Estados Unidos (y ahora al Canadá, que está en vías de convertirse en otra potencia continental), y sólo desconociendo al sistema, cosa que hasta ahora no ha ocurrido, puede ese país evadir su responsabilidad.

Sin embargo, por alguna razón cuya misteriosa lógica nadie logra explicar, los países latinoamericanos se horrorizan ante la sola posibilidad de utilizar inteligentemente esa enorme ventaja y prefieren acudir a la ONU en donde el veto puede volver pedazos cualquier reivindicación. Posiblemente la presencia de la Unión Soviética y de la China en las Naciones Unidas,

y sobre todo en el Consejo de Seguridad, justificaba la preferencia por la organización mundial. Pero al terminar la guerra fría, las naciones del llamado Tercer Mundo ya no pueden intentar el juego peligroso de enfrentar a una de las grandes potencias con la otra para lograr alguna ventaja circunstancial, así que ni siquiera ese vago pretexto justifica ahora el aparente desdén latinoamericano hacia la Organización continental. Tengo algún conocimiento sobre la Organización y por eso puedo decir que la actitud de nuestros países frente a la OEA tiene algo que ver con cierto complejo de inferioridad. Somos típicos machistas internacionales. Cuando no estamos frente a los Estados Unidos, le lanzamos a ese país toda clase de desafíos y pactamos ruidosas alianzas que a la larga ningún resultado dan. Pero cuanto tenemos a los norteamericanos en el mismo foro, sometidos a la obligación de oírnos y de cumplir lo que allí se logre decidir, nos sentimos inhibidos, casi acobardados y resolvemos, como ahora, salir corriendo de ahí para inventar alguna otra organización inútil que como el Sela, la Aladi y hasta la Cepal, se convierten en nidos de burócratas que los norteamericanos ni se molestan en mirar. En vez de aprovechar a la OEA y de demostrar precisamente ahí, donde los Estados Unidos tienen que escucharnos, que tenemos algo importante que decir, nos dedicamos a destruir la organización, tal vez para no tener que confesar nuestra incapacidad para manejar adecuadamente una espléndida herramienta internacional.